

MONTE ARRIBA

HACIA "EL BALCÓN DE EUROPA"

CON muchas ganas de andar, y no menos de correr por estas montañas guipuzcoanas, salimos de la ciudad uno de esos días claros, nítidos y de una absoluta diafanidad, con el propósito de contemplar la belleza que nuestros campos adquieren en los albores de la primavera.

La carretera que á la montaña nos había de conducir estaba bien cuidada; las más delicadas piernas podían pisar sobre ella, sin el menor temor de herirse ni cansarse demasiado.

A uno y otro lado nos rodean montañas y más montañas. Al izquierdo el panorama más extenso y tiene mayor atractivo de valles, barrancos, senderos, caminos, riachuelos, casas, caseríos, fábricas y palacios, á cuya vista también se divisa parte de la hermosa ciudad que acabamos de abandonar. Al lado derecho estamos envueltos por una montaña grande, enorme y que nos impide ver el menor horizonte. Sólo nos toca contemplar la frondosa vegetación, el nutrido arbolado, el verde claro y el verde obscuro del paisaje que de trecho en trecho surge de nuevas tonalidades.

Y allá una casita blanca, más aquí un edificio pintoresco al pie de la montaña, enfrente un magnífico caserío, que me dicen ser escuela de Agricultura, abajo humeantes chimeneas de diversas fábricas y en el trayecto montaña y más montaña, verde y más verde. Zarzales por aquí, arbolitos por allí; florecillas multicolores que se mueven al soplo de la débil brisa, pedruscos caídos del pico de la montaña y el campo todo él bello, alegre, presentándonos una vegetación hermosa y digna concepción de la Madre Naturaleza.

Cuando más avanzamos, más alegre se presenta la montaña. La caminata va haciéndose ya algo larga; entre dos montañas apenas vemos el menor horizonte. Parece que aquello no tiene más salida ni vista de más extensión. Hasta que á la vuelta de un peñasco, á la vista de una extensa pradera, caminando monte arriba, se ve una como á manera de fortaleza vieja, que cual vigía impertérrito surge en el pico más elevado de una montaña.

Avanzamos un poco más adelante y á nuestra vista surge el mar, grande, inmenso, de una inmensidad imponderable, de una belleza ideal, de un atractivo extraordinario. El torreón ó la fortaleza que acabamos de dejar, es el antiguo Faro de Igueldo medio derruido, medio olvidado, y que actualmente yace como vieja sepultura, azotado por todos los vientos, castigado por todas las tempestades y recibiendo de cuando en cuando la visita de algún transeunte que en uno de sus vestustos muros señala la siguiente inscripción: *Aquí llegó don Fulano de Tal el 2 de Marzo de 1898*. Y como esta inscripción ó parecidas, se cuentan por cientos. Ese es el curioso detalle que se le ofrece al pisante cuando entra en el citado torreón.

Glorioso torreón que ha marcado la ruta á multitud de navegantes, que ha señalado miles de veces la entrada á puerto seguro; que en medio de las mil tempestades de nuestro Cantábrico, él, con su lucecilla, se ha mantenido firme cumpliendo su indeclinable deber. ¡Faro de Igueldo! ¡Cuántos navegantes han bendecido tu nombre colmándote de venturas y alegrías! ¡Descansa ahora en tu vejez! derruido y deshecho, aunque nadie, desgraciadamente, se acuerda de tí.



Continuamos monte arriba, en medio de la deliciosa calma de la tarde.

Herido un poco por los rayos del sol que apuntan desde el firmamento, escuchamos el ruido del batir de las olas sobre las laderas de la montaña.

En la inmensa extensión que sé domina, vaporcitos diminutos surgen á nuestra vista despidiendo estelas ligerísimas de humo; multitud de traineras se dedican á la pesca, y mientras todas estas embarcaciones humildes como sus dueños, vemos que balancean al rítmico mover del oleaje, que cual rizadas melenas movidas por el viento agi-

tanse de uno al otro lado, allá lejos, una enorme embarcación, grande, majestuosa, avanza pausadamente como si con su fuerza y poder colosal quisiera aplastar las olas del Cantábrico.

El camino que nos conduce al pueblo de Igueldo está rodeado de montañas, praderas y caseríos. En todo su trayecto surge la vista del mar.

Las montañas guipuzcoanas y bizcaínas forman á manera de preciosa herradura, que termina en un saliente airoso del Cabo de Machichaco. La vista del panorama del lado del mar, unos momentos antes de llegar al pueblo, es de una concepción imponente, capaz por sí sola de idealizar la quintaesencia de la poesía.

En los momentos que llegamos al pueblo, un coche pasa por nuestro lado, luego otro más. Los dos traen extranjeros. ¡Extranjeros! ¡Sí! todavía aquí no se ha llegado al suficiente grado de cultura para amar como ellos aman la Naturaleza; no se ha llegado á apreciar en todo su valor artístico las bellezas del paisaje y las tonalidades de sus colores; tienen que ser extranjeros por fuerza los que frecuenten la montaña. Estamos, pues, en Igueldo, en uno de los montes más elevados de Guipúzcoa. Allí enfrente vemos la iglesia y á uno de sus lados y empotrado á ella, una modesta casa; era la del párroco, del que luego hablaremos.

Hacia la izquierda hay una plazoleta con árboles, donde existe un merendero. Unas cuantas casas, bien humildes todas, á excepción de la del medio, que posee una linda finca; ese es todo el ornamento de la población.

Pero ¿qué supone todo ello al lado del paisaje esplendoroso, sublime, uno de los más bellos de Europa que vamos á contemplar seguramente? ¿Qué supone las casas y aun los palacios y las riquezas arquitectónicas, si las comparamos con ese orden admirable de la Naturaleza, con esos poéticos valles, con esas bellas praderas; con esas caprichosas regatas, con esos bulliciosos ríos, cuyas aguas se semejan á límpidos y plateados cristales? ¡No! todo es nada ante la mano de la Naturaleza; todo es nada ante lo que presenciamos ejecutado por la mano de Dios. El hombre hace maravillas, llega á las más altas concepciones, y en todas las ramas del saber humano, un día que pasa, una hora que transcurre, unos minutos que vuelan, son para el hombre momentos en que su inteligencia discurre, con el más allá, con el siempre mejor, con la vista puesta hacia el ideal de la perfección. Pero

nunca lo alcanza; nunca sus obras, con ser bellas, son perfectas. La obra de la Naturaleza, la obra de Dios, es de perfección suma.

*
* * *

Subamos la cuestecita que nos conduce á un pico. Vamos pisando helechos y argomas que, á medida que despiden la humedad del rocío, dejan en nuestros pies ligeras vetas de humedad.

Una saludable exhalación que brota de los pinares contiguos, penetra en nuestros pulmones. Los grillos cantan. Las aves y los pájaros pasan volando á nuestro lado; su vuelo deja escuchar un débil ruido en medio del silencio imperturbable que reina ya en la montaña.

Nos encontramos en lo que llaman «El Balcón de Europa», cerca de la Cruz de Igueldo. Y, efectivamente, con dificultad habrá otro balcón en Europa que con más propiedad pueda aplicársele ese título. Y no es que se vea desde allí medio Europa, como puede suponerse el lector, sino que el panorama es tan ideal, que parece que recuerda los mejores y más bellos de Europa.

Una inmensa cordillera de montañas se presencia en toda la línea del horizonte; altas, muy altas, las unas; más bajas las más; éstas de color verde claro y obscuro; aquéllas de lápiz lázuli pardo, amarillentas, de azul prusia y variados matices. Allá lejos, aparecen pueblecillos con multitud de casitas de colores; más cerca, caseríos de trecho en trecho, San Marcos, Choritoquieta, el campo de Ametzagaña, las montañas de Jaizquíbel, todas estas montañas históricas donde la imaginación se fantasea con incalculables elucubraciones, surgen potentes y vigorosas á la vista del transeunte. El valle de Loyola, con sus múltiples quintas y lindísimos palacios; el Urumea, deslizándose con calma y serena tranquilidad y beneficiando con su riego al poético valle. Los túneles de ferrocarriles abiertos por la mano del hombre para dar paso á la industria moderna, al utilitarismo. Senderos en número incontable, caminos serpeantes que suben y bajan la montaña; laderas con múltiples arbustos de argomas, helechos y jarales; praderíos cuidados maravillosamente por nuestros caseros; picos, altozanos declives, recodos, bosques, caminos accidentales, regatos, remansos y riachuelos, todo, todo en conjunto de una belleza ideal, de una belleza llena de majestad, se presencia desde ese «Balcón de Europa».

La ciudad de San Sebastián surge como por escotillón y la bahía se

asemeja á un lago cristalino. Y á mano derecha, las montañas de Mendizorrotz, Arratzain; los pueblos de Guetaria, Motrico, Ondárroa, Lequeitio y el Cabo de Machichaco, como avanzada firme de la costa Cantábrica, y como defensa de los mil pueblecillos que se presencian y cubren la costa guipuzcoana y bizcaína.

En los momentos en que sublimada mi imaginación contemplaba absorto el bello desfile de todas esas históricas montañas, una brisa plácida envolvía nuestro rostro; era un momento propenso á la meditación y á la filosofía. Me senté sobre la hierba y comencé á meditar sobre las montañas. Es que estas montañas nuestras tienen un doble aspecto de bellas é históricas.

*
* *

¡Mendizorrotz! ¡Arratzain! Dos nombres que recordaban días luctuosos, días de sangre y exterminio. Bajo el cielo azul que nos cubría aquellas montañas, parecían adquirir una tonalidad de sepia oscuro, casi de negro, como si el luto de tantas víctimas las envolviera en negro crespón.

Yo recordaba en aquellos momentos las terribles luchas armadas; yo recordaba las cargas de fusilería y el estampido del cañón con tanta saña disparados; yo recordaba momentos de peligro de la vida de San Sebastián, en que de las poéticas y bellas montañas euskaldunas, miles de granadas fueron lanzadas á las tranquilas calles de la capital donostiarra, cubriendo de llanto los ojos de no pocas madres y llevando tras de sí el luto a infinidad de familias; yo recordaba las lucha5 feroces en que dos bandos se batían con furor, se arremetían con rabia sobrehumana y convertían en lúgubre teatro de espantosa carnicería las praderías y los declives de las montañas que, más que del grito de guerra, eran merecedoras del recuerdo de la paz; yo recordaba todo eso y mucho más; recordaba el valor de los bascos, que, con entusiasmo increíble, formaron aquellos batallones de luchadores invencibles; recordaba su arrojo, su valentía, su espíritu de disciplina, su abnegación, su fe en la idea, su vida militar, su organización, en fin, su todo, de aquella empresa que tanta magnitud adquirió y tan estéril fué para los grandes, para los sacratísimos derechos de la patria.

¡Oh patria mía! Ese fué el principio de tu destrucción, de tu caída, de tu muerte. ¡La sangre! Por el derramamiento de tanta y tan gene-

rosa sangre te hicieron caer en la desgracia y en la desgracia continuas, sumiéndote cada día más y más en la pérdida total de tu vida. ¡La sangre! sí, fué la causa de la descomposición de tu vida y de tu personalidad. ¡Quién sabe si con sangre ha de venir también el principio de tu reconstitución y de tu vida, de tu verdadera vida, de tu vida pura é inmaculada! En aquellos momentos, las nubes blancas y azules que cubrían el cielo, iban convirtiéndose en un color violáceo, poco á poco adquirirían otra tonalidad y, por último, á medida que el sol se hundía allá lejos, muy lejos, en la misma línea azul del horizonte, las nubes rojas y anaranjadas convertían el firmamento en una inmensa placa de cobre rojizo.

* * *

Dirigí mi última mirada á la vista ideal de las montañas guipuzcoanas, y abandonando la hierba de la pradera donde tan muellemente estuve recostado aspirando el grato y saludable perfume que brotaba de los pinos cercanos, tomé el camino de la ciudad.

No quise bajar sin ver antes al párroco de Igueldo, al celoso párroco de Igueldo, uno de los bascófilos más entusiastas con que el país cuenta. Y, en efecto: antes de que yo me acercara á las puertas de la iglesia, su ojo certero me divisó. Dos apretones de manos y unas cariñosas risotadas fueron la señal de nuestro encuentro. Al poco rato nos hallábamos ya engolfados los dos en conversaciones de literatura, filosofía, arte..... política, en fin, hablamos de esas cosas que la vista de paisaje tan variado y múltiple hace recordar.

—El país..... señor Párroco ¿no le parece á V. que hay que luchar mucho por él?

—Efectivamente; nuestra personalidad está ya tan en peligro, que solamente una activa propaganda patriótica puede llegar á reconstituirla.....

—Reconstitución del país! ¡Qué palabra más hermosa!

—¿Cree V. que no se llegará?

—¡Es tan difícil contener el volante de esta máquina de la civilización, que va á toda marcha!

—¿Y los patriotas?

—Los patriotas, los verdaderos patriotas, están solos y contados.

—¿Vendrán más tarde otros más ardorosos y más numerosos si caben?

—Posible es; pero entonces han de ser ya mártires que con su sangre rediman Basconia destruída.

—Y el martirio ¿será el comienzo de una resurrección?

—Con mártires han surgido todas las ideas y todas las nacionalidades, y con sangre de Cristo fué redimido al género humano.....

—Es verdad; tiene V. razón; su filosofía me arrastra, me seduce, me convence; estamos vencidos y para levantarnos es necesario que Basconia expie claramente sus enormes debilidades.

*
* * *

Pero dejemos las desgracias de nuestra raza y veamos en esos momentos esa vista preciosa.

Efectivamente, eran unos momentos sublimes, de una puesta de sol, atractiva é ideal. En una inmensa circunferencia parecía que las nubes despedían un fuego vivísimo, de color anaranjado. Toda la costa parecía encendida en un vaho inmenso de luz roja fulgurante.

El párroco y yo presenciamos unos minutos un tan bello espectáculo de la Naturaleza que nos hablaba á nuestras almas de creyentes más que todas las filosofías, más que todas las elocuencias, más que toda la ciencia creada por la inteligencia asombrosa del hombre.

—Pues mire V., amigo mío. Entre mis libros, mis feligreses y estos cuadros sublimes de la Naturaleza—decía el párroco—me paso toda la vida en este delicioso rincón, que no cambiaría, se lo digo sinceramente, por el más alto cargo de autoridad eclesiástica. ¡Es tan hermoso para un padre de almas contar con una feligresía tan obediente y tan sumisa como esta! ¡Se pueden llevar tantas almas al Cielo! ¿Y qué más puede apetecer un sacerdote?

—Es verdad, su celo y santidad pueden más sobre estos corazones sencillos, que todas las más elocuentes oraciones.

El párroco en aquellos instantes se ruborizó; no se consideraba digno de tan justo elogio.

—Hay otro amigo mío—me decía—que ése sí que es un verdadero sacerdote, por decirle á V., un santo.

—¿Ve V. esa casa de piedra sillería?

—Sí, la veo.

—Pues, ahí está nuestro astrónomo, el padre de los pescadores, el que ha arrancado tantas víctimas al mar, el que ha librado de llanto y

luto á multitud de familias de la costa, el que con ardiente cariño avisa á los pescadores cuando se acerca la galerna, el que estando ahí, en esa soledad, casi sin aparatos necesarios, apenas con libros y sin más auxilio que Dios, se dedica á estudios ingratos y sirve de guía, de ampare, de luz y seguridad á los sufridos pescadores.....

—Sí, el P. Orcolaga.

—Efectivamente. Pues ahí lo tiene V., en esa soledad vive, haciendo caridad á todo el mundo.....

Después de un gran rato de charla, nos estrechamos efusivamente nuestras manos. El párroco marchó á sus deberes eclesiásticos. Yo comencé á bajar la cuesta que conduce desde la montaña de Igueldo hasta la ciudad de San Sebastián.

La noche era tan deliciosa que, una angustia dolorosa surtía mi alma al pensar en mi descenso á la población. El cielo era tan azul, que al titilar las estrellas parecía transparentarse aquella gasa de purísimo azul. Una calma inefable, plácida, se notaba en aquellas montañas. En medio de aquel silencio, el mar dejábase escuchar de momento en momento al romper sus olas sobre el acantilado de la costa.

¡Meditar! ¡Meditar! ¿Quién no meditaba ante aquel espectáculo de incomprensible majestad? Son momentos en que el alma libre, libre de las torturas de la humanidad, libre de las falacias y engaños, libre de las monstruosidades del hombre, vuela, vuela ansiosa á Dios, vuela presurosa al Ideal, vuela á su único Destino, vuela hacia la Libertad, porque la humanidad le aprisiona, porque la humanidad le engaña, porque la humanidad no le resuelve el menor átomo de felicidad, vuela con raudo vuelo porque no puede quedar entre los hombres, porque no quiere permanecer entre ellos, porque si permanece sucumbe y si no vuela queda aprisionada. ¡Oh prisión del mundo! ¡Qué horrenda prisión! ¡Qué martirio sin nombre! Vuela, pues, alma mía, vuela siempre hacia lo alto, vuela hacia el Ideal, hacia tu Dios, hacia tu Destino.....vuela.....vuela.....

ADRIÁN DE LOYARTE.

